

La lógica del realismo burocrático

La burocracia suele pensarse como un engranaje gris, una enorme caja de concreto destinada a producir papeles firmados que nadie lee. Y quizá sea eso, pero también es algo más: una maquinaria de ficciones. *El informe* de Ezio Neyra es justamente la novela de esa maquinaria. Es el retrato de esa lógica opaca y delirante que rige en los pasillos ministeriales, donde cada trámite es una especie de rito de paso, un limbo repleto de espíritus que no saben muy bien hacia dónde van.

Felipe es un protagonista atrapado entre la nostalgia de volver al Perú y la seducción tóxica de «hacer patria». Desde la primera escena —un vuelo nocturno rumbo a Lima, lleno de noticias que se confunden con pesadillas—, el lector ingresa a un espacio donde la política, la memoria y el absurdo se mezclan hasta volverse indistinguibles. El regreso de Felipe incluye el descenso a un mundo deformado donde las promesas de la amistad, la lealtad y el servicio público se descomponen bajo la burocracia limeña.

Ezio Neyra consigue que la historia de un peruano que lleva veinte años en los Estados Unidos y está a punto de volver a casa funcione como la metáfora de un país entero, sino es que de Latinoamérica, porque permite echar un vistazo al tipo de organización y administración putrefacta que se experimenta no sólo en Perú, sino también en México, y seguro que en otros países como Chile, Venezuela, Brasil, Colombia, Argentina. Países en los que Kafka tiene pasaporte simbólico.

En la tradición moderna, el gran referente inevitable es Kafka. La maquinaria kafkiana está hecha de corredores sin salida, puertas que nunca se abren, resoluciones que llegan demasiado tarde o que, incluso, jamás llegan. En Kafka, el

personaje nunca accede a los engranajes: permanece en la antesala, se pierde en el sistema como en un sueño enrarecido. *El informe*, en cambio, nos introduce en el aparato del Estado. Ezio Neyra nos conduce —como almas perdidas en un laberinto de trámites— a recorrer los pasillos, a escuchar los chirridos de las bisagras, a mirar cómo se encajan los resortes y se atascan los engranes del gran armatoste estatal. La novela desarma la máquina para mostrar sus articulaciones y en ellas, el lector se sentirá extraviado.

Este gesto es radical porque no se limita a mostrarnos el decorado de la burocracia, sino que nos conduce al interior mismo del dispositivo, allí donde se revela su verdad. La burocracia no necesita de un verdugo: nos convierte a todos en ejecutores de su lógica. Obedecer, esperar, firmar, archivar: esos actos mínimos y repetitivos son el modo en que el aparato se reproduce. En Kafka, el poder es una sombra que se cierne sobre el personaje, una fuerza inasible que condena a veces sin rostro. En Neyra, en cambio, el aparato tiene cuerpo, un cuerpo de metal y papel que respira, suda y se oxida. Ese cuerpo no se sostiene por la voluntad de un soberano, sino por la suma infinita de gestos rutinarios que lo mantienen en marcha.

Lo que la novela despliega con precisión inquietante es una pedagogía de la frustración. Cada página muestra cómo la voluntad individual —los deseos, los planes, incluso la vocación— se somete a la naturaleza incomprensible de la oficina. La escena en que Felipe descubre su nombramiento en una dirección absurda para su experiencia, «Pesca Artesanal», condensa esta tensión: el individuo reducido a un nombre estampado en el diario oficial, la vida convertida en un error administrativo irreversible. La burocracia ya no es un sistema, es un género literario, capaz de generar tramas más desquiciadas,

como en *El rey pálido* de Foster Wallace o *Bartleby el escribiente* de Melville.

Si algo distingue a *El informe* de otras novelas de este género al que podemos llamar realismo burocrático es su tono. No hay aquí la furia destructiva de *Recursos humanos* de Antonio Ortúño ni la soledad asfixiante de *Oposición* de Sara Mesa, sino una mirada que oscila entre la ironía, la angustia y el humor corrosivo. Felipe es un personaje kafkiano, alguien que quiere creer que su regreso tiene utilidad y que, sin embargo, es devorado por los procesos administrativos. La novela juega con esa ambigüedad: lo tragicómico de planchar camisas, la solemnidad ridícula de una convención internacional de pesca, la gotera que late en el techo como una insinuación del Estado en ruinas.

La narrativa de Neyra, además, tiene algo de hipnótico. Describe la corrupción y la ineeficacia, pero además proyecta sobre la página una atmósfera surreal —un balde rojo recibiendo el agua de la humedad, un viceministro con corbata amarilla y camisa morada que bien podría ser un aguador de los Lakers— que se carga de simbolismo sin necesidad de explicarlo. Por eso el efecto es doble: por un lado, el lector se ríe del absurdo; por otro, reconoce en esos signos el pulso real de la vida política peruana, esa tragicomedia interminable donde nada se resuelve pero todo se repite.

El informe puede leerse como el espejo de un país que nunca termina de resolverse a sí mismo, donde cada cambio político es apenas una rotación de cargos y cada crisis una oportunidad para reacomodar las piezas sin transformar el tablero. Pero también es la historia íntima de un hombre que regresa a un lugar que ya no existe: la madre enferma, los amigos convertidos en operadores, el país reducido a un rumor. La novela resuena porque ese desajuste entre expectativa y realidad no

es exclusivo del Perú ni de la burocracia, es una condición contemporánea.

En última instancia, lo que la novela propone es una pregunta incómoda: ¿qué significa pertenecer? ¿Qué significa volver? Felipe cree que regresa para cumplir con una deuda, pero lo que encuentra es un Estado incapaz de cumplir siquiera con la suya. El lector asiste entonces a un teatro en el que cada trámite y cada silencio institucional operan como recordatorios de la fragilidad de cualquier proyecto colectivo. Y, sin embargo, hay algo profundamente humano en esa obsesión de Felipe por quedarse, por esperar, por confiar en la promesa ridícula de que todo mejorará.

No es casual que el encargo central de la novela sea «un informe». El informe es la criatura burocrática por excelencia: interminable, saturado de cifras, pretendidamente objetivo, condenado casi siempre a dormir en un archivo. Pero más que un documento, es una forma de razonar: el modo en que el Estado fabrica realidad y se imagina a sí mismo para la eternidad. En su interior, lo vivo se reduce a estadística, la contingencia deviene en lenguaje administrativo, lo imprevisible se somete a un párrafo numerado. Convertirlo en novela es una operación brillante porque subvierte esa pretensión: revela que detrás de cada informe laten vidas desgastadas, frustraciones acumuladas, espíritus corroídos. Ezio Neyra muestra que la literatura puede surgir precisamente allí donde todo parece muerto. El informe, que en la burocracia pretende clausurar, aquí se vuelve una apertura: la paradoja de una escritura destinada al olvido que termina convertida en memoria viva.

Sin embargo, la novela no se reduce al retrato de oficinas húmedas y pasillos ministeriales. En su centro late la figura de la madre. Ella es, al mismo tiempo, motivo del regreso y trasunto de la burocracia. Mientras el Estado se regodea en

sus trámites, la madre se deteriora en la memoria: olvidos, silencios, gestos repetidos. Como la oficina, también ella se convierte en un espacio donde nada termina de resolverse, donde cada día puede ser el último. La madre es la contracara de Roberto. Mientras él encarna la confianza absoluta en que el aparato lo sostendrá, ella es la prueba de que nada sostiene para siempre, de que toda estructura —sea institucional o biológica— está condenada a extinguirse.

Y frente a ella, Felipe se encuentra desarmado: quiere verla, pero posterga la visita; quiere sostenerla, pero teme enfrentarse a su mirada vacía. Si en el ministerio su angustia es la de perder el puesto, con la madre su angustia es la de perder el sentido. Ese doble miedo es lo que convierte la novela en algo más que una sátira burocrática. La maquinaria del Estado y la maquinaria del cuerpo enfermo dialogan en paralelo: ambas producen terror, ambas sostienen una rutina sin garantías, ambas confrontan al individuo con lo irremediable.

La madre funciona como recordatorio de que la fragilidad no es sólo política o laboral, sino existencial: un cuerpo que se consume, una memoria que se erosiona. Y en ese contraste aparece otra paradoja: mientras la madre se deteriora, el Estado permanece, con su indiferencia monstruosa, pudriéndose sin extinguirse. La figura paterna nunca es mencionada, porque Felipe es hijo único de papá fallecido, pero su ausencia es sustituida con el aparato burocrático: un padre impersonal, administrativo, que no envejece ni muere. Así, la novela despliega una tensión filosófica entre lo finito y lo sempiterno: el hijo que regresa descubre que a la madre ya no puede volver —porque lo materno es carne y caducidad—, mientras que al padre abstracto del Estado siempre se regresa, aunque sea solo para quedar atrapado en su maquinaria. Allí la novela

se abre a un territorio más hondo: la constatación de que lo humano se desgasta y lo institucional se perpetúa.

En última instancia, *El informe* es una novela sobre la angustia como forma de gobierno. No hace falta despedir a Felipe para arruinarlo: basta con mantenerlo en la incertidumbre, con hacerle sentir que todo puede desmoronarse en cualquier momento. Esa es la condena burocrática más efectiva: no el castigo explícito, sino la espera indefinida; no la caída inmediata, sino la amenaza suspendida que nunca se disipa. La interinidad perpetua es el modo en que el Estado administra la vida, y Felipe es su testigo más vulnerable.

Roberto, el amigo que le consigue el trabajo, con su calma cínica, ha entendido cómo opera el aparato: sabe que la máquina recompensa la docilidad y la confianza en su inercia, y por eso flota. Felipe, en cambio, la sufre como una enfermedad: su respiración se acompasa al ritmo del archivo, cada silencio lo desconcierta, cada gota que cae en el balde ministerial se vuelve un recordatorio de su precariedad.

La novela muestra, con lucidez, que el poder se ejerce mediante la administración de la angustia: la precariedad como norma, la espera como religión, la incertidumbre como forma de control. Esa es la maquinaria del Estado: un padre sin rostro que se mantiene intacto mientras los individuos —madres, hijos, amigos, funcionarios— se derrumban en su interior.

En otras novelas del realismo burocrático, el desenlace suele ser una clausura tremenda: en Kafka (*El proceso*), la ejecución de Josef K. consuma la indefensión absoluta, en Melville (*Bartleby el escribiente*), la negativa pasiva se convierte en epitafio, en Saramago (*Todos los nombres*), el archivo produce una obsesión y un desamparo. *El informe*, en cambio, no culmina en un golpe final, sino en una respiración interrumpida: el informe que debía ser técnico se convierte en elegía íntima,

la muerte de la madre se redacta como acta oficial. La burocracia absorbe al personaje en su totalidad. Afuera, el Perú arde en una crisis política. Adentro, queda la voz rota de un hijo que escribe para su madre.

Allí radica su potencia: *El informe* confronta al lector con la certeza de que no existe un exterior a la burocracia. El Estado, la patria, incluso la familia se revelan como variaciones de una misma máquina: todas ofrecen amparo, y sin embargo todas terminan mostrando su precariedad. La novela se cierra con una idea tremenda: la existencia no escapa a esa lógica, se ordena según ella. Vivir es aprender a esperar, a posponer, a prolongar. Felipe es un funcionario extraviado, pero también la silueta de cualquiera de nosotros: cuerpos suspendidos en una interinidad que no concluye, vidas administradas por un trámite que nunca se archiva y que, sin embargo, nos define hasta el final.

Franco Félix
*Ciudad de México,
septiembre de 2025*